



PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios... Ptas. 2,50
 25 > extraordinarios... > 5

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

MADRID: trimestre. Ptas. 2,50
 PROVINCIAS: > > 3
 EXTRANJERO: año... > 15

NÚMEROS ATRASADOS

Ordinario... Ptas. 0,25
 Extraordinario... > 0,50

La correspondencia se dirigirá al Administrador: Calle del Arenal, 27. - Madrid. —**§**— A toda suscripción acompáñese el importe en libranza ó sellos.

¡R. I. P.!

Si, sesudos homes; si, infanzones de pro. Escuchad á los hijos de Casandra, que el divino Apolo ha iluminado en esta villa y corte de todos los milagros finiseculares. La voz de los augures ha resonado lúgubrememente en las columnas de algunos periódicos no profesionales, clamando: ¡Hemos descoronado á Guerra! ¡El torero ha muerto! ¡Recoged sus restos en una espuerta, y que no se hable más de Rafael!

Y lo han arrojado al Jarama como infecto detritus del arte de *Peterete*, del *Chico de la blusa*, de *Picalimas* y de *Dominguín*.

¡Llora, llora á moco tendido, oh tú, antigua capital de la dinastía de los omeyades, patria de Lagartijo y de Séneca, de Juan Molina y de Lucano, del Pegote y de Averrhoes!

El astro indígena que era tu orgullo y tu gloria, fúlgido sol al calor de otros soles nacido, Faetón incomparable que, durante una decena de años, ha dirigido el carro de Febo dando esplendor al mundo de la tauromaquia acaba de antoabrasarse en Aranjuez, en la ciudad del espárrago y de la farsa, donde hace justamente ochenta y ocho años y veinte días, gritaban los manolos madrileños:

¡Muera Godoy!
 ¡Hay que arrastrar
 á ese traidor!
 ¡Vamos allá!

Que por fin ha llegado ya el día
 de saciar nuestros odios en él.
 Que, no en vano, Madrid sus manolos
 ha querido mandar á Aranjuez.

(El cortejo de la Irene.)

No, no fueron á Aranjuez en vano ¡oh Córdoba! los manolos de Madrid. Y si no dieron con Godoy, fenecido hace tiempo; si no arrastraron al príncipe de la Paz, de nefasta memoria, saciaron sus fieros instintos en el príncipe de la Guerra, cuyo cadáver pasearon por los umbrios jardines del oasis real.

¡Pobre Guerrita! En tiempos de recordación ominosa, un leve percance pasaba inadvertido cuando lo precedían cien victorias. En estos tiempos gloriosos del arte nacional, una victoria eleva sobre el pavés al soldado derrotado en cien batallas.

El vencedor es vencido, el vencido es vencedor, y los papeles públicos tejen coronas al héroe de un día, y retiran el cetro al que proclamaron César y ensalzaron como conquistador de la Galia taurina y antiséptico de cornumentales infecciones.

Huyamos de las plétoras de erudición; derramemos una lágrima sobre la coleta corrupta de Rafael, y seamos siquiera cristianos: hagámosle unos funerales, aunque no sean más que de tercera clase.

Nada digno de especial mención ocurrió en Aranjuez el día de San Fernando, hasta que llegó la hora de la muerte del tercer Veragua.

Guerrita mató á su primero dándole un colosal volapié. El buey, que aunque buey fué el único que, quedadísimo y todo, tuvo un átomo de bravura en el último tercio, estaba muy gordo y tardó en doblar. El

matador fué muy aplaudido, pero no obtuvo, ni mucho menos, la ovación que merecía.

Como se ve, la fiesta comenzó discretamente, y los enterradores madrileños no se atrevieron á hacer ninguna manifestación; pero los eminentes bueyes de carreta iban á encargarse muy pronto de templar las campanas y hacerlas doblar á muerto.

Llegó, como queda dicho, el tercer manso; toreólo Guerrita cara á cara, y tomando terreno holgado para pasar de muleta á un animal que la miraba como un objeto repulsivo y no remataba apenas un pase, y arrancando á paso de banderillas, clavó más de media estocada tendida y trasera, pero que no estaba ni caída, ni atravesada, ni ida tan siquiera.

¿Han visto ustedes con qué método, con qué cohesión y con cuánto uniforme entusiasmo parte en los teatros madrileños la indispensable *claque*, cuando se trata de tapar infundios artísticos? Pues con el mismo orden, con el mismo entusiasmo, con igual uniformidad partieron en aquel instante los silbidos de una parte del público.

Allí no hubo un instante de vacilación. Aquello fué una descarga cerrada; algo que parecía acordado previamente, y cuyo prematuro estallido reveló bien á las claras el odio africano hacia un torero célebre, y la verdad del dicho proverbial: «¡Calumnia, que algo queda!»

Otra vez, y en iguales circunstancias, entró Guerrita á quedarse con el buey, logrando media estocada muy poco desprendida. Miel sobre hojuelas. La silba se repitió.

El manso, hecho un marmolillo, se tapaba para el descabello. Impaciente Rafael, se empeñó en consumir dicha suerte, y sólo pudo lograrlo la cuarta vez, con lo cual se retiró á los estoques, acompañado de una silba que no la quisiera para sí el último de los novilleros.

En el toreo del quinto toro, y para demostrar su bravura indómita, se colocó varias veces Guerra tan cerca del horrendo buey, que el trapo y el hombre estaban materialmente embrocados; pero el émulo de la res de D. Guisando no tuvo á bien mover una pezuña.

¡Parecía un buey cuajado!

A paso de banderillas entró Guerra, para dejar media estocada alta que le valió ¡una silba!

Y como el mansurrón buscó alivio en las tablas, fué Alones, y con un capotazo ideal, le metió el estoque hasta la bola. Silba monumental; Guerrita se dirige á su puntillero, y le suelta una chillería tremenda. ¡Oh Alones! En cuanto te eche yo la vista encima, ya sé quién te convidará á tomar café. ¡Y con copas, Joaquín, con copas! Nunca lo habrás merecido tanto.

¿A qué hablar de los dos maravillosos pares de banderillas que Guerrita clavó al sexto buey de la piara veragüeña? Nada de eso hacia falta para que Rafael pudiese leer, como en un libro abierto, la sentencia que le llevaban desde Madrid.

Ya no puede quedarle ni la sombra de una duda. La en general repugnante propaganda en contra del hombre, ha producido sus efectos.

La gota de agua ha horadado la piedra. ¡Lasciate ogni speranza, o voi che torate... ochenta corridas al año!

Dar á tres mansos indecentes una muerte inmerecida; torearlos sin volverles la cara; no hacer un extraño, no huir ni una sola vez, verificar una brega forzosamente deslucida para los imbéciles que aplauden únicamente el resultado, y dando quince y raya á Pepe Ilo y á Montes, creen que todas, absolutamente todas las reses, son susceptibles de una brega de encaje y de una estocada ideal; llevar á cabo una labor seria — exceptuando los intentos de descabello que soy el primero en censurar — una labor que cualquier aficionado de mediana inteligencia debe aceptar á ojos cerrados, y alcanzar por premio la silba más injusta y más odiosa que se ha dado á torero alguno, es tanto como colocar una muralla de la China entre Rafael Guerra y la Plaza de Madrid.

Que los hombres de corazón se coloquen en el lugar de Guerrita, y digan la conducta que observarían si se hallasen en su situación.

Desde el momento en que se le silban despiadadamente faenas que los demás matadores quisieran para los días de fiesta, tratándose de los bueyes carreteros que se corrieron el 30 de Mayo en Aranjuez, no hay más que una solución honrosa: despedirse *para siempre* de Madrid, ó venir á la corte persuadido de que sólo realizando maravillas con todos los toros, se podrán arrancar aplausos, teniendo, en cambio, la seguridad absoluta de ser silbado é insultado en cuanto un toro cualquiera no se preste á ser toreado y muerto con maestría excepcional.

Ese es el dilema que Aranjuez presentó á Guerrita el día de San Fernando. Cuando las calumnias lanzadas contra el hombre llegan á sobreponerse á la habilidad del torero y enlodan su reputación, no hay defensa posible.

La única seria entregarse á las cornadas, para hacer el juego de los valientes que vilipendian á mansalva, y desean, por lo visto, que Guerrita, como la forma poética, esté llamado á desaparecer.

Y francamente; no es presumible que Rafael sea tan *primo* y se meta en la ratonera con la inocencia del que no ve. Ya que no ha sabido nunca *torear fuera de la Plaza*, cosa indispensable en los gloriosos tiempos que corre la tauromaquia hodierna; ya que se ve rodeado de decepciones; ya que no hay acto malvado, ni dañina intención que deje de atribuirsele; ya que, en una palabra, Madrid le cierra la puerta de las ovaciones y le abre de par en par la de las cornadas, toree en buen hora la próxima corrida de Beneficencia, y después ¡la del humo!

Quien estas líneas escribe asistió á las competencias entre el Tato y el Gordito, entre Lagartijo y Frascuelo, y jamás — puede jurarlo — aun en los desquiciamientos más espantables de aquellas peleas que no son para olvidadas, vió nada que pueda compararse á las incalificables artes que se ponen hoy en juego para deshonorar á Rafael Guerra.

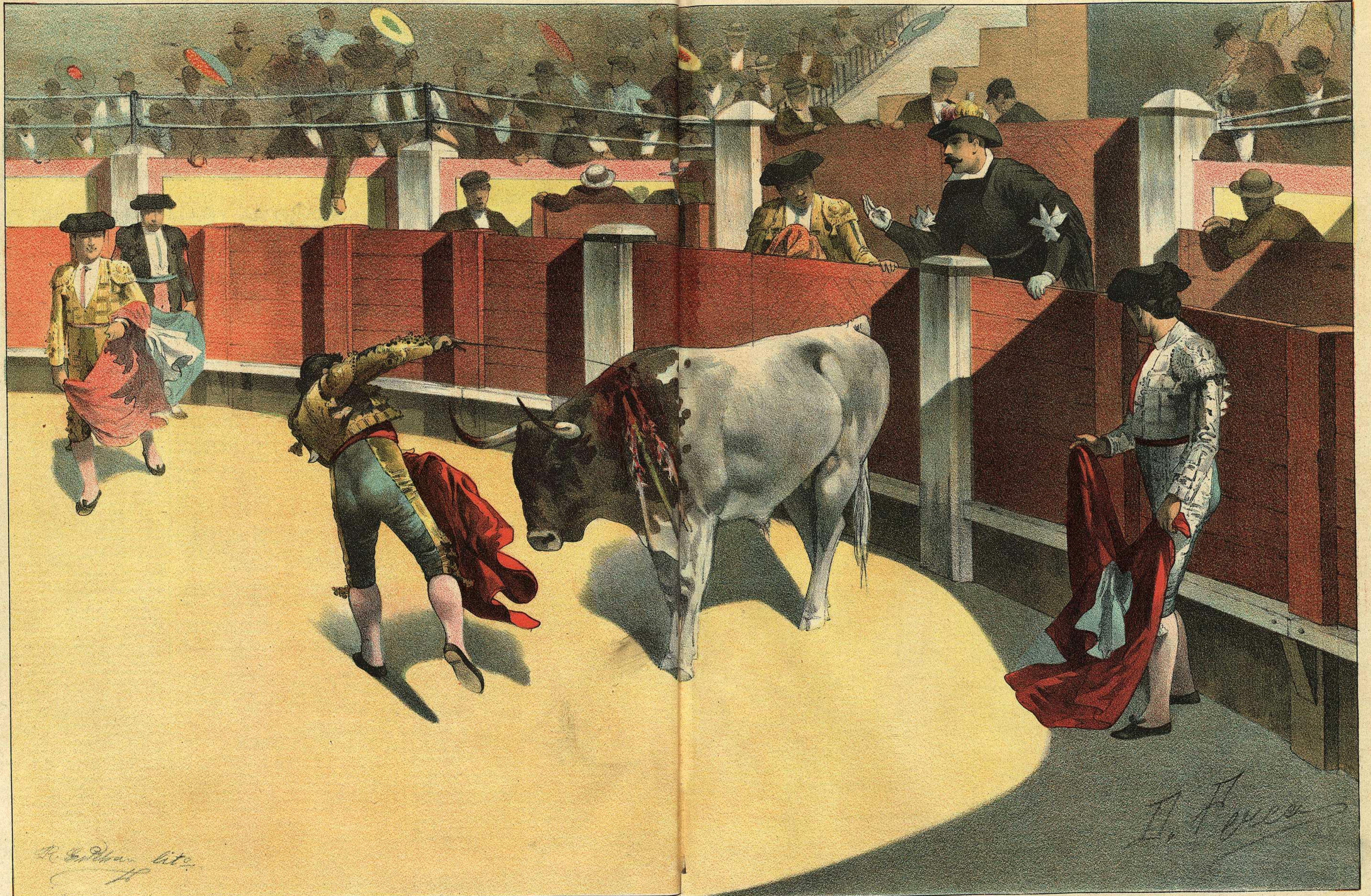
El tiempo hará mucho. La historia hará más. Cuanto á mí, después de este elocuente desahogo, no me queda más que salir en demanda del Alones.

¡Y convidarlo á café!

DON JERÓNIMO.



LA LIDIA



D. F. yca

Nuestro dibujo.

AL TERCER AVISO

Si la fortuna es de suyo voluble en casi todos los actos de la vida, bajo el punto de vista taurino, su inconsecuencia llega hasta la exageración. Hay tardes en que un diestro tiene el santo de cara, y todo lo que ejecuta le sale a pedir de boca; en cambio otras pone toda su voluntad y su empeño al servicio de su cometid, y no consigue salir de la vulgaridad, si no es que cuanto emprende le sale completamente al revés, quitándole ó mermándole en pocos momentos la reputación y el nombre adquirido a costa de no pocas fatigas y desvelos.

Tal orden de cosas, general á todos los que se dedican á la lidia de reses bravas, influye más directamente en los matadores; unas veces porque el estado de ánimo de los mismos no es siempre igual, ni sus facultades se hallan en idéntico ó parecido grado de desarrollo; y otras, porque las condiciones de los toros dan margen á diversidad de procedimientos, acertados unos é inútiles otros para el fin que se persigue.

En el orden de la lidia, la suerte de matar tiene su tiempo marcado; durante él, el diestro tantea las cualidades y tendencias de las reses, á fin de trabajarlas con arreglo á lo que su estado requiere, y procura consumir la suerte con la mayor brevedad y acierto posibles; pero en ocasiones y por incidencias ó motivos tan frecuentes como imprevistos, y aun esperados quizás, la brega tiene que hacerse forzosamente larga y la impaciencia influir desfavorablemente en el ánimo del espada.

No nos referimos, como se comprenderá fácilmente, á esos muchachos novilleros, que con sólo su valentía ó sus pretensiones, se lanzan á matar sin preliminares ni estudios prácticos de ningún género, y en los que lo realmente extraordinario sería que hicieran algunas faenas breves y concienzudas, protegidas únicamente por la casualidad ó por la fortuna; en ellos la pesadez y la ignorancia tiene que ser lo corriente, porque para eso están en el principio de su carrera: aquí nos concretamos á los diestros de más categoría, y á los cuales es aplicable, en otro orden de consideraciones, cuanto les pueda ocurrir á los que están en los primeros pasos de la senda de la tauromaquia.

En efecto: un matador empieza su faena de la manera que eniende más adecuada; pero por los defectos ó tendencias de la res, aquella se prolonga más de lo que se había propuesto, y las inmediatas consecuencias de ello son la contrariedad y el cansancio por parte del diestro. El tiempo, entre tanto, transcurre veloz, y como los términos están marcados, recibe éste un aviso indispensable, es verdad, pero que contribuye á que el disgusto y el desaliento se vayan apoderando de él y quitándole, por consiguiente, la tranquilidad, para acabar con el toro con oportunidad y lucimiento. No se hace esperar el segundo aviso, y entonces estos síntomas psicológicos se acentúan más todavía en perjuicio del matador, manifestándose la precipitación con todas sus consecuencias y desfavorables resultados. Y si por desdicha, el desalentado diestro llega á escuchar el tercer aviso, entonces el arrebato, la obcecación, la ceguera, la ira y demás pasiones que impelen al hombre á cometer todo género de desatinos, se desbordan en aquella naturaleza duramente contrariada, y en la perspectiva de que los bueyes puedan recoger la fiara, que en su impotencia no ha podido derribar, apela á todos los recursos que le sugiere, la rabia y pone en práctica todos los recursos á que la pérdida de la serenidad y de la conciencia dan origen.

Tan comprometido momento, en el que el espada pincha sin ver dónde ni darse cuenta de lo que hace, y en el que se retrata la precipitación, la cólera, la descomposición, en fin, del lidiador, ante el bochorno que se le viene encima, es el que reproduce nuestro dibujo de este número, exactamente interpretado por el imitable Daniel Perea, tan conocedor y entendido en los incidentes y detalles de la lidia.

RECORTES

No recordamos en cuál sainete hay un patán sordo á quien le dicen á gritos:

— Sebastián, la señorita se ha muerto.

— Y contesta el sordo:

— ¿Que s'ha muerto? Toas se güelven.

Eso le ha ocurrido también á *Don Modesto*, que ha pasado, en veinticuatro horas, de guerrista furibundo á descoronador de Rafael.

Oigan ustedes al *guello*:

«En desagravio del diestro debe decirse que el quinto de Veragua, como casi todos ellos, fué un solemnis mo buey de carreta.»

Y añádele luego el destronador de zares tauromáquicos, después de haber puesto como un trapo á Guerrita:

«La corona, el cetro y el globo, han quedado vacantes. ¿A quién elegimos emperador?»

Pues verá ust: el cetro se lo daremos á Mazzantini; la corona — que es corona y tiara en Rusia — la partiremos por gala en dos; y la repartiremos entre *El Barquero* y *Achares*; y el globo, ni que decir tiene: se lo mandaremos al *Tío Capa*.

¿Hace?

Historias retrospectivas *secundum Modestum*:

«... ni la espada entrará en la cerviz de sus enemigos con la rectitud y bravura que entraba la de aquel otro anterior suyo, coloso en la tauromaquia moderna, Salvador Unico.»

A quien los *Don Modesto* de aquella época descetraron, descoronaron y desglobaron quinientas veces.

Todo está igual,
parece que fué ayer.

El difunto *Barquero* vuelve á levantar la cabeza en la estafilla del *Heraldo*, y después de *jalear* á Mazzantini por la conducta observada con la Comisión organizadora de la corrida de Beneficencia, clava á Guerrita, con notoria mala fe, el siguiente afilerazo:

«Los rumores que en un principio se extendieron respecto á ocupar determinado puesto de antigüedad, continúan persistentes entre no pocos aficionados...»

Estos rumores sólo son hijos de la malévolá intención del *Barquero*: si acaso se cotizan en algún sitio, será por los *golpes* que se dedican á pedir dinero á los toreros, ó entre el pelotón de rancheros del general Bartolo; y nadie estaba más obligado que *El Barquero* á desmentirlos, puesto que le consta, por haberse dicho persona de cuya seriedad no puede dudar, que Guerrita, no sólo no había formulado exigencia alguna para tomar parte gratuitamente en la corrida de Beneficencia, sino que al saber que no se contaba con Mazzantini, rogó á los señores de la Comisión que no dejase de figurar en el cartel, siendo, con verdadero sentimiento suyo, inútiles las gestiones que practicó en este sentido. Todo esto aparece en documento de irrecusable autenticidad, que está, como ya se le dijo, á disposición del *Barquero*.

Muy bien nos parece que *El Barquero* procure servir los intereses de Mazzantini ó de cualquier otro diestro, por razones que él sabrá; pero es muy censurable que á conciencia de que no dice la verdad, dé rienda suelta al odio africano que siente hacia Guerrita, y trate de *echarle el público encima*, por causas que nosotros no ignoramos y que va á ser necesario sacar á la vergüenza.

Conste, pues, que Guerrita ha observado en el asunto de la corrida de Beneficencia una conducta correctísima y digna de elogio.

Y el que dijere lo contrario, MIENTE.

Pues, señor, se conoce que *La Epoca* se les ha montado en las narices al fecundo y bullicioso *Barquero*, y á su matador invulnerable, el PRIMER ESPADA de la Plaza de Madrid.

Diríase que ambos se han puesto de acuerdo para calificar de *inocente* al autor de dos sueltos publicados en el diario conservador, á propósito de la asendereada corrida de Beneficencia.

Y como parece ser que, tanto el matador como su turiferario, atribuyen los sueltos en cuestión á quien no los ha escrito ni ha pensado nunca en ello, bueno es que lo sepa, cuando menos, el *estafetero del Herald*, que ignora tantas cosas ó finge ignorarlas cuando así conviene á sus propósitos.

Que *El Barquero* esté unido por lazos de eterna gratitud á Luis Mazzantini, y que por tal razón lo defienda á capa y espada, está bien. El que no es agradecido no es bien nacido, y... allá ellos.

Pero que por oficiosidades consuetudinarias trate de hincar el diente en quienes se esmeran en servir lealmente al público, prescindiendo de todo agradecimiento *personal*, eso no puede pasar sin protesta, y no pasará mientras podamos escribir con absoluta independencia, y prescindir de todo en todo del *hombre* en el *torero*.

La ropa sucia debe lavarse en casa — decía Napoleón. Como nosotros, afortunadamente, la tenemos muy limpia, no dejaremos en la tarea de impedir que pretendan ensuciarnos la ropa quienes debieran mandar la suya al lavadero.

¡Poder del sino! Quien, después de tantas vueltas y revueltas saldrá, como siempre, beneficiado en la corrida que tanto da que hablar, será el gran Bartolo, puesto que se embolsará tan guapamente las 5.750 pesetas que hubiera tenido que desembolsar si Mazzantini hubiese persistido en su actitud.

Cuenta que estamos lejos de censurar que el PRIMER ESPADA de la Plaza de Toros de Madrid (¡salude usted, *Barquero!*) se haya negado rotundamente á tomar parte en la corrida de Beneficencia.

Ha hecho muy bien, y nosotros, en su lugar, hubiéramos procedido de igual suerte; pero ello es que á quien aprovecha, en primer término, la conducta de Mazzantini, es al pescador de todos los ríos revueltos, al saleroso Bartolo, que se ahorra las 5.750 pesetas *supra* dichas.

¡Qué hombre, caballeros, qué hombre! Si lo mandan á Cuba, en remplazo de Weyler, se acaba la guerra á los cuatro días.

¡Que sea enhorabuena, general!

LA SEMANA

Se podrán contar algunas semanas, apalando al testimonio de la memoria, de tan mala *sombra* taurina como la primera de Junio que acaba de transcurrir; pero que la supere en este concepto, es punto menos que imposible. En ella estaba incluida este año la festividad del *Corpus*, día en que se celebran corridas en la mitad de los pueblos de España, chicos y grandes, ¡y cuidado si ha habido *Corpus* desastrosos, siempre dentro de la especialidad de que tratamos!; pero el recientemente solemnizado no se ha quedado atrás, y ha dejado piqueñitos á los anteriores en cuanto á desastres y desavíos.

Los ganaderos parece que se habían dado de ojo para enviar ganado manso á todas las Plazas de la Península, y así resulta de las noticias que se reciben de todas partes.

Los diestros han estado desdichadísimos en los puntos donde han toreado, y así debe ser, cuando los telegramas lo confiesan; y teniendo en cuenta que en este sistema de información aparecen á lo mejor como superiores, cuando han estado mal, calcúlese cómo se habrán portado, cuando se suelta esta última confesión. En Sevilla como en Granada, en Málaga, como en Bilbao y en todas las poblaciones donde se dieron corridas de toros, fué un día aciago para la afición, y no digamos nada de las en que se verificaron corridas de novillos.

Las cogidas abundaron que es un gusto: aparatosas unas, sin aparato otras, pero con fortuna todas, puesto que los diestros cogidos no experimentaron daño de mayor cuantía, siendo la más grave de todas, la ocurriera en la Plaza de Madrid.

No pudiendo combinarse corrida de abono ni extraordinaria en la corte, por tener salida unos matadores y estar imposibilitados otros, se organizó una novillada en la que tres conocidos novilleros lidiaron seis reses de de-echo de tiente y cerrado de la ganadería de Miura. Los *bichitos* resultaron del género de *manos criminales*, y las cuadrillas se vieron negras para deshacerse de ellos. Los *niños* matadores, vale más no ocuparse de ellos, pues los que no se hicieron viejos pinchando, salieron del paso... á paso de degüello.

Hubo sus consiguientes cogidas, y cupo en suerte una tremenda, pero con fortuna, en medio de su aparato, al banderillero-llamado el Comerciante: al meter un c-pote al empezar la muerte del primero, salió embrocado, tirándose al suelo; el toro se revolvió sobre él, y metiéndole la cabeza, le introdujo el cuerno por el lado derecho del cuello, resbalando la punta hasta el omoplato, y apalancando en él; lo elevó en el aire, despidiéndolo luego á tierra. El muchacho resultó con una cornada extensa en dicha región. Otro banderillero, el Moños, también fué revolcado, retirándose á la enfermería con contusiones, así como el picador Murciano, que se relajó de un brazo que tiene fracturado.

En fin, la corrida fué de lo más emocionante y desastrosa que se puede ofrecer en su clase. El único que salió boyante de ella, fué el empresario, que tuvo un lleno.

Por fortuna, los diestros lesionados en esta jornada, así como los de las corridas anteriores, van mejorando satisfactoriamente, lo que en extremo celebramos.

Largo parto... y abortar.

Porque al fin y al cabo, el parto de la Comisión organizadora de la corrida de Beneficencia, ha sido un *feto* desdichado. Para eso no merecía la pena de haber cambiado de Comisión, porque lo que ha hecho la nueva y lo de *Casca ciruelas*, todo viene á ser lo mismo.

Aceptando el número de reses y las ganaderías indicadas anteriormente, que son tres de la de López Navarro, tres de la de la viuda de Concha y Sierra y otras tantas de la del Marqués de los Castellones, y contando con la imprescindible cooperación de Guerrita, ha resultado el cartel nada menos que con el Algabeno y Villita, y ha señalado para su celebración el jueves 11 del corriente.

A nuestro entender, con semejante combinación, la corrida no puede resultar de Beneficencia, sino de *deficiencia*; primero, porque en día de trabajo y á estas alturas, es de todo punto imposible colocar todas las localidades, lo cual va en perjuicio del Hospital general; y segundo, porque aparte del interés é importancia que pueda dar á la fiesta Guerrita, los otros dos diestros que han de acompañarle, no tienen categoría necesaria para una corrida de tal espectáculo y tradición, ni en su carrera de matadores han demostrado todavía méritos suficientes para intervenir en la fiesta anual taurina de más representación y viso.

Lo cost, pues, la tenemos como un *huelvo*, del tamaño del redonde de la Plaza; y la *chica* salvada de Guerrita, la consideramos como una novillada de interminable aburrimento.

Y celebraremos equivocarnos.

El día 1.^o del corriente falleció en Salvaterra de Magos (Portugal), el conocido y reputado banderillero portugués, Vicente Roberto de Fonseca.

Había nacido en dicha población en 1836, y abrazando la misma profesión de su padre, comenzó á torear á los trece años, debutando en la Plaza del Campo de Santa Ana, de Lisboa, en 1858. La última vez que se presentó en la arena, fué en el Circo de Campo Pequeno, en 1894, teniendo que retirarse á la barrera porque ya no acompañaban sus facultades á su voluntad. Ha fallecido de una enfermedad crónica que minaba su existencia hace veinte años, y era considerado como uno de los toreros portugueses más entendidos y concienzudos.

Descanse en paz.

La semana ha terminado suspendiéndose la 12.^a corrida de abono anunciada para ayer, y en la que debían lidiar reses de la ganadería de D. Joaquín Pérez de la Concha, Mazzantini, Lesaca (en sustitución de Reverte) y Villita.

El tiempo efectivamente se presentó desapacible y malo, y el despacho mucho peor que el tiempo.

¡Que sea enhorabuena, D. BARTOLO!

DON CÁNDIDO

IMPORTANTE

LA LIDIA no publicará número el viernes reseñando la corrida de Beneficencia, pero en cambio el lunes próximo dará á luz un número extraordinario, conteniendo un retrato, en doble tamaño, del valiente espada Antonio Reverte, tomado de la última fotografía del citado diestro, y la apreciación de dicha corrida benéfica y otros originales escogidos de reputadas firmas.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27. — Madrid.